

pues entonces vuelve á quedar en su elemento al verificarse el deshielo. Por fortuna, raras veces hay que deplorar pérdidas personales en tales naufragios, porque el mar está casi siempre tranquilo y la tripulación tiene bastante tiempo para salvarse en otros buques. Pero toda la pesca en general es sumamente penosa y por demás insegura; de modo que puede aplicarse á ella perfectamente el proverbio ó refrán flamenco: «la pesca es lotería.» Muchas veces se logra en poco tiempo cargar el buque de aceite y de placas dentarias, siendo entonces el negocio muy lucrativo para los armadores y el jornal bueno para los tripulantes; pero á veces tambien llega el fin del viaje sin que se haya cogido una sola ballena, y entonces la tripulación, cuyo salario depende en parte de la presa, ha trabajado casi de balde, y el armador pierde una considerable cantidad.

»Por los siguientes datos oficiales se puede ver cuánto depende la pesca de la ballena, del capricho de la casualidad. En 1718 los 108 buques de la flota holandesa que se hallaban en las aguas de Groenlandia cogieron 1,291 de estos cetáceos, cuyo valor ascendía á unos quince millones de francos; al año siguiente, por el contrario, 137 buques no pescaron mas que veintidos ballenas; y á consecuencia de este mal resultado, equipáronse en 1720 solo 117 buques, consiguiéndose coger sin embargo 631 de aquellos cetáceos, lo cual indemnizó en parte á los armadores de las pérdidas sufridas el año anterior.»

Sin dificultad se comprenderá que á causa de esa persecucion tan ilimitada como imprudente, hasta en los territorios donde mas abundan los cetáceos, su número disminuye considerablemente. Esta disminucion, que de año en año va siendo mas sensible, produce hondo pesar á los amigos de los animales; mas por fortuna, al mismo tiempo disminuye tambien el número de los pescadores bárbaros. Del relato de Scammon, antes citado, resulta que la pesca americana habia llegado en 1854 á su apogeo, pero que desde aquel año va disminuyendo mas y mas. En 1854 equipáronse 668 buques que recogieron 73,696 barriles de esperma y 319,837 de aceite: en 1872 la cifra de aquellos bajó á 218, obteniéndose solo 44,888 barriles de la primera de dichas materias, y 31,395 de aceite. Pocas veces se cubren con las ganancias los gastos del equipo, y hé aquí porqué decrece la imprudente guerra de exterminio de que son objeto estos animales inofensivos, tan dignos de nuestro interés. La pesca de las ballenas ha sido descrita tantas veces y tan minuciosamente, que puedo limitarme á reseñarla con toda la brevedad posible. Cuando los buques han llegado á las aguas de las ballenas, cruzan en ciertas latitudes, ó anclan en cualquier sitio favorable, observando desde entonces continuamente la superficie del agua. El grito del marinero que está en la costa: ¡Allí bufan! produce una excitacion increíble en todos los tripulantes; las lanchas, provistas de todo lo necesario, se botan acto continuo al agua; cada una lleva de seis á ocho buenos remeros, un timonel y un arponero, y avánzase con toda la rapidez posible al encuentro de las ballenas que tranquilamente siguen su rumbo. El arpon empleado para el ataque es un hierro con punta en forma de lanza, agudo, provisto de ganchos y atado á una cuerda muy larga y sumamente flexible; esta cuerda se arrolla en una especie de cilindro giratorio colocado en la proa de la lancha. Los pescadores se acercan lentamente y con precaucion al cetáceo tanto como les es posible, y en el momento oportuno, el arponero lanza con toda su fuerza el agudo hierro contra el cuerpo del coloso. Apenas hecho esto, todos los remos se mueven á la vez para alejar la lancha de la peligrosa vecindad del monstruo herido. Por regla general la ballena se sumerge al punto, veloz como el rayo, y desenrolla la cuerda

con tal rapidez, que es menester echar agua sobre el rollo para impedir que se encienda. Pero la gran ligereza de estos primeros movimientos es de corta duracion; la ballena se tranquiliza y sus terribles enemigos pueden volver á perseguirla. Sucede á veces sin embargo, que el animal fugitivo arrastra la lancha con una rapidez furiosa durante horas enteras; mas por lo regular reaparece al cabo de un cuarto de hora en la superficie para respirar; entonces se acerca una ú otra lancha por segunda vez para lanzar otro arpon contra el coloso. «La imaginacion humana, dice un testigo ocular, no puede figurarse cosa mas terrible que aquella carnicería. Sobrecogida de terror, la ballena se precipita de ola en ola, salta en su agonía fuera del agua y cubre la superficie líquida á su alrededor de sangre y espuma; sumérgese formando un remolino allí donde desapareció; sale de nuevo, y otra lanza mortal penetra en una parte del cuerpo intacta hasta entonces; por do quiera el frio hierro aumenta su desesperacion. Con sus vanos esfuerzos alborota las aguas en un gran espacio; un temblor se apodera de su enorme mole y sacúdela como el volcan los cimientos de las montañas. Al fin ha perdido toda la sangre; se inclina sobre un costado, juguete de las olas y presa agradable para miles de aves que al momento acuden con la intencion de atracarse con el colosal cadáver.»

La ballena muerta se pudre muy pronto; al día siguiente forma ya una masa hinchada, enorme y esponjosa, y á menudo sucede que los gases desarrollados en el interior adquieren tal fuerza, que hacen estallar el cuerpo con un estrépito terrible, llenando el espacio de un hedor insostenible. Comunmente los pescadores han concluido ya su trabajo antes de comenzar la putrefaccion. Se arrastra el coloso con fuertes cuerdas y varias lanchas hácia el buque; despues se le ata y comiézase á descuartizarle. En el palo mayor hay dos gruesos cilindros de madera, por los cuales pasan fuertes cuerdas, cuyos cabos se atan por un lado en el cilindro del cabrestante, quedando pendientes por el otro sobre la banda del buque. Con estas cuerdas se sujeta la cabeza del animal para levantarla hasta la region cervical; y por la nuca se le separa del tronco, que á su vez queda colgado con grandes ganchos para descuartizarle. La cabeza se coloca sobre cubierta á fin de extraer las placas dentarias y la esperma. Los hombres encargados de recoger la grasa, que se colocan en estrechas tablas pendientes de los costados del buque, cortan primero al rededor del cuerpo, del lomo y del vientre, pedazos de un metro de anchura, ántanos sucesivamente con una cuerda y dan la señal para izarlos. Mientras que el cilindro del cabrestante se pone en movimiento, los hombres que están abajo ayudan con sus agudas palas á separar la grasa del tronco, procediéndose así hasta que toda ella queda separada en forma de fajas espirales; el resto del tronco se abandona á los animales marinos. Colocada la grasa bajo cubierta, varios hombres la cortan en grandes pedazos, los cuales se reducen á hojas delgadas por medio de una maquina; despues se derrite en enormes calderas colocadas sobre cubierta, y cuyas paredes están rodeadas exteriormente de agua. Al principio se emplea carbon de piedra para mantener el fuego, sirviendo luego de combustible los pedazos de grasa que han quedado despues del derretimiento. El aceite se enfria en una vasija á propósito, para echarlo acto continuo en barriles, que se bajan á la bodega. A los individuos pequeños se les extraen los intestinos, córtanse en pedazos y se cuecen. «Vestidos con sus peores ropas, dice Pechuel Losche, medio desnudos, bailando, cantando y blandiendo sus cuchillos; llenos de aceite y negros como demonios, los tripulantes trabajan con afán al rededor de las calderas. Todo á bordo es vida y alegría. El aspecto de la cubierta por la

LOS DENTICÉTIDOS—DENTICETE

CARACTÉRES.—Las especies de este sub-orden tienen dientes en ambas mandíbulas, ó por lo menos en una; estos dientes no se mudan, pero pueden caer en parte ó por completo en algunas especies, lo cual constituye un carácter distintivo suficiente para establecer la diferencia entre estos animales y los misticétidos.

LOS DELFÍNIDOS—DELPHINIDA

CARACTÉRES.—Los delfinidos constituyen la primera familia de los denticétidos: son cetáceos pequeños ó de tamaño regular, que tienen ambas mandíbulas provistas en toda su extension, ó en parte, de dientes casi iguales mas ó menos cónicos; las fosas nasales terminan por lo regular en un solo

noche, sorprenderia á cualquiera, cuando en un caldero de hierro se quema una cantidad de pedazos derretidos de grasa, iluminándose con las llamas todos los objetos, las negras nubes de humo, los altos palos con sus velas, y la inmensidad del mar. Durante el día, las espesas columnas de humo, elevándose en el horizonte, anuncian la presencia de uno de estos buques mucho antes de que pueda verse.» Si la pesca ha consistido en un misticeto, las barbas, cortadas ya anteriormente en pequeños pedazos, diviense despues, segun refiere el citado observador, en delgadas hojas, despojándose de los pedazos de piel del paladar que hubiesen quedado adheridos. Despues se depositan bajo cubierta, y cuando el buque vuelve de las altas latitudes y llega á las aguas cálidas, límpianse otra vez con escobillones para ponerlas á secar al aire y formar haccillos.

Los cetáceos se dividen en dos grupos principales, que tienen la importancia de sub-órdenes y los cuales se designan con los nombres de denticétidos y misticétidos.

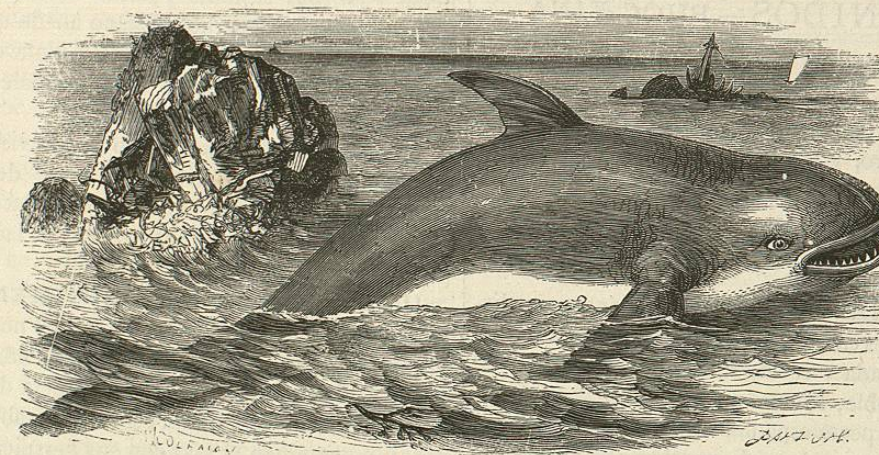


Fig. 313.—LA ORCA MARSOPA

orificio, dispuesto transversalmente en forma de media luna, con las puntas dirigidas hácia adelante. El tronco suele ser prolongado; la cabeza bastante pequeña; y el hocico largo y puntiagudo: en la mayoría de casos existe una aleta dorsal. En el esqueleto es notable la irregularidad del cráneo, cuyo conjunto general afecta la forma de pirámide; el lado derecho de la parte posterior de la pared huesosa y el izquierdo en la del hocico, presentan mayor desarrollo que en los lados opuestos; los frontales están ocultos debajo de los maxilares superiores, las vértebras cervicales se hallan muchas veces soldadas; las otras son muy numerosas. La estructura de las extremidades anteriores es muy irregular: se componen de cinco huesos articulares, cinco del metacarpo y otros tantos dedos de tres á once falanges. Entre las partes blandas, el esófago es muy ancho, el estómago está dividido en tres partes; el intestino es doce veces mas largo que el cuerpo, etcétera.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los delfinidos habitan todos los mares, así los de los trópicos como los de las zonas polares y templadas.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Son los únicos cetáceos que remontan las corrientes de los rios y que viven del todo en ellos y en los lagos con que comunican; á semejanza de las ballenas, emigran del norte al sur ó del oeste al este.

Todos son por extremo sociables, y muchos forman manadas numerosas.

Las especies pequeñas se reúnen tambien con otros con-

géneres formando grupos, que durante semanas enteras buscan quizás su alimento sin separarse, conducidos siempre por un individuo experto.

Su gran vivacidad, su poco temor al hombre y su afición á retozar, llamaron la atención de los marineros, y hasta de los poetas, desde las mas remotas edades.

Casi todos los delfinidos nadan con increíble rapidez, y se apoderan con mucha facilidad de los peces. Entre los carnívoros marinos son los mas terribles, pues acometen á las mismas ballenas, y gracias á su perseverancia acaban por vencerlas. Aliméntanse de moluscos, crustáceos y zoófitos; algunos comen algas y frutos, que cogen ellos mismos, segun se dice, de los árboles cuyo ramaje se inclina sobre el agua; por regla general todos son voraces. Cuanto puede contribuir á su alimentacion les parece una presa aceptable. no perdonando ni á sus propios hijuelos y semejantes.

Manifiéstanse unos á otros mucho cariño; pero cuando muere uno, precipitándose sobre su cadáver y lo devoran.

En el periodo del celo pelean tenazmente, y el vencido sirve de pasto á su rival.

La hembra está preñada diez meses, poco mas ó menos, y pare uno ó dos pequeños, á los que amamanta mucho tiempo y cuida con tierna solicitud, protegiéndoles si algun peligro les amenaza. En algunas especies ayuda el macho á la hembra en tales casos, y si es herido un pequeño, se le llevan sus padres sobre el lomo. Opinase que los delfinidos crecen con mucha lentitud, si bien llegan en cambio á una edad muy avanzada.

Estos animales se hallan menos expuestos que los otros cetáceos á la persecucion del hombre: sus mas crueles enemigos son siempre las demás especies de la familia, y su ardimiento les perjudica todavia mas que á los otros carnívoros. Se ciegan cuando van en seguimiento de una presa, y atraídos hácia tierra, llegan hasta cerca de la costa, donde pierden la vida; á menudo encuentran los pescadores docenas de individuos que han encallado en la playa. En los momentos de agonía dejan oír su voz, que consiste en suspiros y gemidos tristes; tambien los hay que vierten lágrimas.

USOS Y PRODUCTOS.—Los delfinidos son para el hombre de cierta utilidad: se come la carne, el hígado y los pulmones; utilizase la piel, y con la grasa se hace un aceite muy buscado.

Todos los delfinidos se asemejan mucho entre sí en cuanto á sus usos y costumbres, y por lo tanto podemos limitarnos á describir las especies mas conocidas é importantes de esta familia, la mas numerosa de todo el órden.

LOS FOCEÍNIDOS — PHOCÆINA

CARACTÈRES.—En esta sub-familia ha reunido Gray las especies que se distinguen por tener la cabeza redondeada en su parte anterior; la parte huesosa del hocico apenas tan larga como la del cerebro, y las aletas pectorales colocadas á los lados, bastante altas.

LAS ORCAS—ORCA

CARACTÈRES.—Las especies de este género se distinguen por los siguientes caractères esenciales: la aleta dorsal es en extremo prolongada y recta, semejante á la hoja de una espada ó de un sable, lo cual ha dado lugar á que se llame á estos animales peces-espadas. El cuerpo es robusto; la cabeza corta; la frente se eleva diagonalmente; el hocico es bastante ancho, corto, con la extremidad obtusa y no separado de la frente de una manera muy marcada; los maxilares superiores se extienden en sentido horizontal por encima de las órbitas; el aparato dentario es terrible, pues aunque hay pocos dientes, son poderosos.

LA ORCA MARSOPA — ORCA GLADIATOR

CARACTÈRES.—Este carnívoro de los mares, *el pez espada* y *butskopf* de los alemanes, conocido ya desde las épocas mas remotas por su ferocidad, puede alcanzar una longitud de nueve metros, pero no suele medir mas de cinco á seis. Las aletas guardan proporcion con este tamaño; las pectorales tienen mas de 0",60 de largo por 0",15 de ancho; la dorsal metro y medio de longitud, y la caudal otro tanto de anchura. La cabeza es relativamente pequeña; la coronilla un poco deprimida; la frente, plana en su parte superior y un poco abovedada en la anterior, se redondea obtusamente en su enlace con el hocico; este es bastante ancho, corto y bajo; los ojos, pequeños y hundidos, están situados un poco mas arriba y atrás de la boca; los orejas se hallan detrás de los ojos y casi en medio de estos; las aletas pectorales son en extremo pequeñas; el orificio que da salida al aire está situado por encima y detrás de los ojos; el cuello se une sin transicion con el tronco, que es fusiforme y largo, un poco abovedado en el lomo y mas en los costados; la cola, cuya longitud ocupa casi la tercera parte de la total, es comprimida lateralmente hácia la punta y forma por debajo como una aguda quilla; las aletas pectorales, bastante cortas, anchas y redondeadas en la punta, se adelgazan hácia su base; la aleta dorsal se inserta un poco mas atrás del primer tercio de la

longitud y tiene la forma de hoz, con la punta inclinada muchas veces á un lado; la aleta grande, dividida en dos partes, se arquea en el centro y forma puntas en las extremidades; la piel es completamente lisa y brillante.

El color parece variar mucho: en el lomo predomina un negro mas ó menos intenso; el de las partes inferiores, excepto la punta del hocico y la de la cola, consiste en un blanco bastante puro; ambos colores están separados marcadamente, pero su distribucion no es igual en las diversas especies. Detrás de los ojos suele haber una mancha blanca longitudinal, una faja que vista por arriba parece tener la forma de media luna, es de color azul sucio ó purpúreo, y se corre desde el borde posterior de la aleta dorsal hácia adelante y abajo: con frecuencia no existe esta faja.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Parece que el área de dispersion de este cetáceo era mas extensa en otro tiempo. Los naturalistas romanos, que le conocian, decian que habitaba el Mediterráneo: en el reinado de Tiberio, segun dice Plinio, encallaron una vez en la ribera unas trescientas ballenas (*ballenas elefantes y falsas ballenas*), cuyas manchas blancas parecian cuernos. Eliano añade que la falsa ballena tiene la frente adornada de una faja blanca, como la diadema de los reyes de Macedonia. Estos animales eran numerosos en las costas de Córcega y Cerdeña.

En las épocas modernas no se ha visto mas la marsopa en el Mediterráneo; habita en el norte del Atlántico, en el mar Glacial y el norte del Océano Pacífico desde donde baja hasta las costas de Francia por un lado y hasta el Japon por otro.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Segun Tiberio, se ven estos animales en los mares del norte, reunidos generalmente de cinco en cinco, como los soldados, con la cabeza y la cola dobladas hácia abajo, y la aleta dorsal sobresaliendo de la superficie, como una especie de sable: circulan con rapidez, y examinan el mar con sus perspicaces ojos.

Segun Loesche, reúnen por lo menos cuatro de estos animales, pero nunca mas de diez, y aunque no abundan en ninguna parte, encuéntrase así en medio de los océanos como cerca de las costas; penetran á menudo en los golfos, y hasta remontan los ríos á grandes distancias. Cuando nadan en un mar alborotado, créese que la ereccion de la aleta dorsal les entorpece mucho, porque esta extremidad no guarda al parecer proporcion alguna con el delgado tronco que se balancea pesadamente; pero esta primera idea se desvanece por completo si se observa á los animales mas de cerca. «Al contemplar estos voraces animales, dice Loesche, cuando surcan las aguas nadando de una manera singular, ó se deslizan entre las olas de un mar proceloso describiendo graciosas curvas, involuntariamente se comparan estos movimientos con el vuelo magnífico de las golondrinas, comparacion que se justifica mas aun por la extraña distribucion de los colores. No cabe duda que entre todos los cetáceos las orcas merecen la primacia por su belleza. Por lo regular pasan mucho tiempo debajo del agua: salen á la superficie para respirar durante cinco minutos, y lanzan de tres á diez veces bruscamente un chorro de agua delgado y bajo. Durante este tiempo no mantienen sobre el agua la parte superior de la cabeza y del lomo, sino que trazan círculos, como lo hacen los delfines propiamente dichos, sumergiéndose despues de cada resoplido; rasan la superficie, reaparecen un momento para soplar, y continúan así hasta que se sumergen diagonalmente en la profundidad.»

La orca marsopa no se contenta con los pececillos; acomete á los gigantes de los mares; es á la vez el mayor, el mas grande y el mas carnívoro, y por lo mismo el mas temible para los delfines.

Plinio dice: «La falsa ballena se conduce como un bandido; tan pronto acecha al marinero que se baña, oculto en la sombra de un buque anclado, como saca la cabeza del agua y derriba las barcas de los pescadores, precipitándose de pronto contra ellas.»

Segun hemos dicho antes, los observadores modernos han confirmado tales relatos; Rondelet añade que este cetáceo persigue á las ballenas y las muerde hasta que «mugan como un toro acosado.»

Los indios ruegan á los pescadores que se hacen á la vela para el Nuevo Mundo que no hostiguen á las orcas, pues gracias á ellas pueden apoderarse mas fácilmente de las ballenas y de las focas. «Las orcas, en efecto, obligan á estos animales á huir de las profundidades del mar y á refugiarse cerca de la ribera, donde es fácil matarlos á flechazos ó con los arpónes.» Anderson nos refiere que en Inglaterra se llama á la orca *asesino de las ballenas*. Los navegantes que se dirigen á Groenlandia encuentran á menudo estos cetáceos cerca del Spitzberg y en el estrecho de Davis.

Las orcas se reúnen para acometer á la ballena; la muerden, le arrancan grandes pedazos de carne, hasta que, fatigado el coloso, abre su boca y saca su lengua; en el mismo momento se precipitan sobre ella sus enemigos y se la arrancan. A esto se debe que de vez en cuando encuentren los pescadores el cadáver de una ballena sin aquel órgano.

Pontoppidan describe la orca marsopa con el nombre de *arranca-grasa*. Dice que diez ó mas de estos animales se agarran á los costados de la ballena, la muerden y no sueltan presa sin arrancar un pedazo de piel y de grasa de una braza de largo. El animal lanza mugidos de dolor, salta fuera del agua, y entonces se ve que algunos de sus enemigos la han cogido por el vientre. A veces no abandonan aquellos animales su víctima hasta casi desollarla por completo. Los pescadores encuentran entonces una gran cantidad de grasa en el mar, pues las orcas no comen la carne de la ballena; se contentan con martirizar á su adversario.

«Este animal, dice el concienzudo Steller, es el enemigo declarado de las ballenas, las persigue noche y dia: cuando una de ellas se retira á una ensenada, cerca de la ribera, llegan varias orcas; rodean al enorme cetáceo, como si le hicieran prisionero; obliganle á dirigirse á alta mar, y le acometen entonces con sus terribles mandíbulas. Y cosa notable, al examinar las ballenas muertas así, se ha observado que la carne no habia sido devorada, deduciéndose de esto que aquellos cetáceos no acometen al animal sino por un sentimiento de odio.»

Hasta los tiempos de Steller se creyó que la aleta dorsal de la orca era su principal arma; pero véase lo que sobre ello dice aquel autor: «Esto no es exacto, pues aunque la aleta tenga una ó dos varas de largo y sea muy puntiaguda, asemejándose á un cuerno ó hueso cortante, es blanda, y solo se compone de grasa, siendo muy extraño que no contenga hueso alguno.»

Steller confirma además en estos términos las palabras de Plinio: «Todos los pescadores temen sobremanera á este animal, pues cuando se acerca uno mucho á él ó se le hiere, vuelca las embarcaciones. Por esto le echan de comer cuando le encuentran, dirigiéndole frases adecuadas al caso, para hacerle comprender que se desea vivir con él en buena inteligencia, sin causarle daño alguno.»

Parece que todos los citados observadores, léjos de exagerar, han dicho fielmente la verdad. De todos modos la orca merece el calificativo de «tirano ó atormentador de las ballenas y focas,» calificativo que le dió ya Linneo, pues no solo rivaliza en este punto con el tiburón, sino que es superior á él y á todo carnívoro marino en general. Allí donde se pre-

senta es el terror de todos los animales que suele perseguir, y que apenas le divisan, abandonan, si pueden, las aguas donde se hallan. Este foceínido terrible, ágil, impetuoso, voraz, cruel y sanguinario, recorre vastos territorios del mar, sembrando á su alrededor la muerte y la desolacion. Cuando un grupo de estos asesinos va en busca de su presa, nada les detiene en su camino, y una vez satisfecha su voracidad, complácense en retozar de continuo; sumérgense á cada instante; reaparecen de nuevo; saltan impetuosamente fuera del agua; y entre tanto continúan su marcha con tal rapidez que muy pronto se pierden todos de vista. Ni un solo delfinido puede competir con la orca en rapidez. Su inmensa voracidad le obliga con frecuencia á nadar muy cerca de la costa y á buscar las desembocaduras de los ríos, donde los peces abundan; pero cuando persigue una presa de gran tamaño se le ve siempre en alta mar, y entonces pasan dias ó semanas sin que vuelva á la costa. Allí donde haya ballenas de Groenlandia, belugas y pinípedos, nunca faltará, segun Brown, su terrible enemigo. Apenas le divisan, la beluga y las focas se precipitan hácia la costa poseídas de terror; la primera para perderse, y las segundas para buscar una salvacion muy dudosa. Todos los balleneros aborrecen á la orca, pues su llegada es la señal para que los cetáceos huyan de las aguas que aquella recorre, aunque solo sea para ocultarse entre los témpanos de hielo, á fin de eludir el peligro que les amenaza.

«En 1822, refiere Holboll, presencié una sangrienta camicería causada por estos voraces animales. Una considerable bandada de belugas, perseguida cerca del Puerto de Dios, en Groenlandia, habíase visto obligada á refugiarse en un golfo sin salida, donde fué destrozada por las orcas, en la verdadera acepcion de la palabra. Los implacables delfinidos mataron muchas mas de las que podían devorar; de modo que los groenlandeses cogieron doble botín gracias á este incidente.» Ya hemos dicho antes lo que hacen los pinípedos para salvarse de su terrible enemigo; y ahora añadiremos que muchas veces son inútiles todos sus esfuerzos; el temor á la muerte lo paraliza todo; el delfinido los alcanza, los coge, élévase con ellos sobre la superficie del agua, los sacude como el gato al raton y los devora. Y este monstruo voraz no se contenta con una sola víctima; se harta hasta reventar ó sofocarse, por tener llena la boca de ellas. Eschricht sacó del estómago de una orca de cinco metros de largo trece marsopas y catorce focas, y en la boca tenia aun la décimaquinta, con la cual se habia ahogado el monstruo. Tambien Scammon encontró el estómago de una orca pescada por él lleno de focas pequeñas; y pudo observar que hasta los leones marinos mas grandes evitan el encuentro con ese delfinido, permaneciendo en las rocas seguras, mientras le ven. Con la misma voracidad se precipita este carnívoro sobre la ballena de Groenlandia. «A menudo se ven, dice Brown, pedazos mas ó menos grandes de barbas de ballena flotantes en el mar, arrancadas sin duda por las orcas, lo cual ha dado origen á la fábula de que el temible delfinido apetece sobre todo la lengua de la ballena.»

No se sabe si este aserto es fundado, pero segun parece, confirmase todo cuanto se ha dicho respecto á los ataques de las orcas contra las ballenas de Groenlandia y otros grandes cetáceos. Tres ó cuatro de estos monstruos se precipitan sobre el mas grande misticétido, que al ver á sus enemigos parece paralizado de espanto y á veces no hace ningun esfuerzo para escapar de ellos. «El ataque de estos lobos del Océano, dice Scammon, á un animal tan gigantesco, recuerda al ciervo derribado por la jauría furiosa. Uno se agarra á la cabeza de la ballena, otro la ataca por el vientre, y un tercero hace presa en los labios para sujetarla debajo del agua ó arrancarla la lengua al abrir su enorme boca. En la prima-